

**«LOCALIDAD Y PROCESOS DE LOCALIZACION»
(Reflexiones desde las Ciencias Sociales)**

JESUS ARPAL

LOCALIDAD Y PROCESOS DE LOCALIZACION (Reflexiones desde las Ciencias Sociales)

Hace ya algunos años que la historia quiere ser «otra». Tanto por estímulos teóricos e interdisciplinares, como por la propia experiencia de alteración del tiempo, los estudios históricos se replantean su objeto y su método. Entre la narración y la ciencia, entre lo cualitativo y lo cuantitativo, la investigación se asoma a la historia de las mentalidades y a la de las cosas; se ocupa en niveles distintos de lo social (las mujeres y los niños, las costumbres y lo privado) y re-considera sus fuentes (los objetos y la expresión oral). La temporalidad misma de lo histórico está siendo revisada: acontecimiento, serialización, duración,...

(1)

En este clima crítico se plantean así mismo revisiones, epistemológicas y metodológicas, teóricas y prácticas, sobre la *historia local*. Como introducción a las Jornadas de historia local, y básicamente desde la sociología, se plantean estas reflexiones, que quieren potenciar y diversificar el sentido y la práctica de la historia de lo local.

LA INVESTIGACION HISTORICA

Un animado diálogo entre Pierre Chaunu, el historiador, y Edgar Morin, el sociólogo, celebrado en 1984, (2) además de dar sugestivas pistas sobre el lugar de la historia entre, o ante, las ciencias sociales, planteaba de manera aguda una cuestión básica y profunda: cualquier problema significativo que se nos presente en la investigación, debe llevarnos a buscar el *lugar* concreto en donde se encuentra su formulación más definitiva y su posible solución. Así viajó Chaunu a Sevilla (al Archivo de Indias, al lugar del dato y de la memoria cronificada) para resolver los problemas planteados por los estudios de Hamilton, y así via-

(1) En el centro UNED de Bergara (Guipúzcoa) se viene editando periódicamente «La(s) otra(s) historia(s)», una publicación resultante de cursos de postgrado organizados por el Departamento de Historia de dicho centro universitario.

(2) Se trata de la cordial entrevista entre Chaunu y Morin, colegas y coetáneos, publicada como: «Histoires locales, histoire globales». Communications, 41, 1985, pp. 219-231.

jó Morin a California, donde se situaba el lugar de emergencia de una nueva sociedad y cultura al final de los sesenta: «allí donde se estaban forjando nuevos mundos posibles», donde «vivían» los problemas que le preocupaban y donde «al mismo tiempo —dice Morin— me encontraba dentro de la investigación singular que era la de mi existencia».(3) Menos vivencial en apariencia, el erudito viaje de Chaunu no ignoraba cuestiones centrales del devenir histórico (del nacimiento y de la muerte, del destino colectivo latente en las series demográficas y económicas) que atañen al presente vivido y al inmediato futura.(4)

Estamos planteando, entonces, una *estrategia de localización* conveniente para investigar, de manera vivaz y científica, el pasado en su referencia necesaria al presente, al lugar/momento en el que nos encontramos. La rememoración y la construcción del sentido de las cosas pasa por lugares concretos en donde se muestran más claramente las interconexiones entre los diferentes niveles de lo vivido y actuado; en donde los datos se presentan de manera inmediata y globalizante.

En el local de la gran biblioteca puede residir «toda la memoria del mundo» (según la expresión de Lévi-Strauss, lema del cortometraje de Alain Resnais sobre la Bibliothèque Nationale de Paris); en ella —y en el gran archivo general— se puede conocer información universal y sistemática e incluso, en cuanto lugar y local, investigar el proceso de construcción y la lógica organizativa de un *centro de poder*; un poder centralizado que en su propia localización establece los límites de todo un universo: el de la razón escrita que se inauguró míticamente en los almacenes de tablillas del Antiguo Oriente o en la biblioteca de Alejandría, y todavía pretende renovarse en la proyectada y espectacular nueva biblioteca nacional de París, o en los nuevos centros informatizados de documentación. En los renglones escritos, en los listados clasificatorios, está atrapado el tiempo y sólo desde la acomodación de lo vivido en dato escrito, objetivable y criticable, clasificable en archivo, puede producirse historia/ciencia y el correlativo mandarínato o apropiación excluyente de los textos y del lenguaje oral que —como ha subrayado Goody— queda afectado por ellos. (5)

En el *archivo local* hay también la memoria de un mundo, aunque particularizado; y en tanto sus datos y su sistema clasificatorio no son universales, ni generalizables no permiten tanto dominar o resolver el tiempo inmediato; las voces de los sujetos resuenan, en parte bajo los textos; la particularidad de los acontecimientos no permite tan fácilmente su reducción a datos «grafiables» o no da series (listas escritas) tan válidas. Esa es la limitación y la ambigüedad del lugar

(3) Morin, E.- «Diario de California». Fundamentos, Barcelona, 1973, pp. 260-61.

(4) Además del reconocimiento de la importancia de sus experiencias vitales (de lugar/origen) que Chaunu hace en esta entrevista, está su amplia bibliografía de los años setenta, dando vueltas al sentido de la historia y a su sentido del historiador; Cfr. especialmente el «avant-propos» de «La mémoire et le sacré» (Calmann-Levy, Paris, 1978, pp. 9-21).

(5) Goody, J.- «La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage». Minuit, Paris, caps. 7 y 8, espec. p. 249 y ss. (ed. orig.: Cambridge Univ. Press, 1977).

no central. Hay que no dejarse encerrar en sus límites (el investigador debe referir necesariamente sus datos a las grandes construcciones de los archivos generales o a los conocimientos normalizados en la biblioteca); hay que reconocer la dependencia de ese mundo local con respecto a los grandes centros del universo, y la dependencia de los actores —y de los gestores— de esos archivos con respecto a los grandes centros burocráticos.

Sin embargo, en estas localizaciones limitadas también hay un universo con sus centros particulares que, en contraste con los centros generales, ayuda a comprender mejor el funcionamiento de la red, la estructura jerárquica del sistema. Y, sobre todo, en esos locales de la memoria colectiva, y muy especialmente en los lugares en los que se produce y permanece —activa y actualmente— la información (el lugar de la entrevista, la sede de las reuniones, los rincones de la memoria), existe un patente objeto de investigación: el «espacio vivido» concretamente; un espacio delimitado «que ya no alcanza a disecar e inmovilizar el tiempo, sino que, por el contrario, es el tiempo el que actúa en él, vivificándolo, llenándolo de todo lo que hay de dinámico y móvil en sí mismo». (6) De ahí que, sin renunciar a la dominancia de la razón escrita, explícita en la historiografía e incluso en el moderno sentido común, en la investigación de esos universos locales (centros o lugares) resulte muy pertinente la recogida de voces, de la temporalidad oral, más próxima y más representativa de un mundo con sentido: este sería uno de los niveles metodológicos y el horizonte epistemológico de esa historia «otra», y en particular de la historia oral. (7)

EL CONOCIMIENTO HISTORICO

No se trata sólomente —siguiendo esta estrategia de perseguir los procesos de localización— de una pesquisa y análisis de los lugares en donde se encuentra, exteriorizada y clasificada, la información; también la conciencia de sí mismo, (la que motiva y lleva a la investigación o a la explicitación de la información) y también la memoria se organizan en espacios concretas. (8) La

(6) Minkowski, E.- «*Le temps vécu*». *Etudes phénoménologiques et psychopathologiques*, Paris, 1933 (citado en Matoré G. «L'espace humain», Nizet, Paris, 1976, p. 282).

(7) «Se dió acceso por primera vez a la experiencia de grupos sociales que hasta entonces habían permanecido ocultos a la historia, excluidos durante mucho tiempo de los anales documentales (...) Así mismo, abrió la posibilidad de traspasar la historia a través del lenguaje popular, creando así una historia que tenía mucho más sentido para el pueblo». Thompson, Paul.— «La historia oral y el historiador». *Debats*, 10, dic. 1984, p. 53. Sobre la conveniencia de los estudios locales para esta 'otra' historia, el mismo Thompson, P.— «Espacio y poder entre los hombres y las mujeres de las comunidades marítimas» in Vilanova, M. (ed.).— «*El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*». A. Bosch. Barcelona, 1986, pp. 32-33.

(8) La memoria colectiva, superando lo estrictamente histórico, pero con interesantes desarrollos para el conocimiento del pasado, en Halbwachs, M.- «Les cadres sociaux de la mémoire». P.U.F., Paris, 1925 (reed. Mouton, 1975) y «La Mémoire collective». P.U.F., Paris, 1950; su aplicación en una investigación de lugares de la memoria, en «La topographie légendaire des Evangiles en Terre Sainte». P.U.F., Paris, 1941.

organización de la biografía, la explicitación de historias de vida, la reflexión sobre la vocación y el curriculum son niveles subjetivos en los que se encuentran el historiador y el historiado, que relativamente se objetivan en términos de espacio: «creemos a veces que nos conocemos en el tiempo, cuando en realidad solo se conocen una serie de fijaciones en espacios estabilizadores del ser, de un ser que no quiere transcurrir, que en el mismo pasado va en busca del tiempo perdida».(9)

Hay una representación y un orden topológico del pasado que, tanto afectan a la vivencia y la conciencia de lo histórico, como a las organizaciones cronológicas de la historia: las edades y los estadios; los lugares-momentos del cambio; el antes y después, el arriba y abajo, de los acontecimientos. La «teoría de los estadios», como fundamento de las teorías del progreso, (10) vino a organizar topológicamente (en escalones) la historia, determinando lugares y momentos —y trayectorias— en donde se origina y concluye el devenir universal y en donde se realiza el progreso (como occidentalización, como desarrollo en el espacio). De Adam Smith a Karl Marx hay toda una formulación de gran trascendencia, con significativos antecedentes y consecuentes. Desde el «descubrimiento» de América ya había un lugar empírico e inmediato en el que redefinir las teorías sobre nuestros orígenes y nuestro futuro: en la formulación de Locke (en el principio todo era como si fuese América), los recién explorados indígenas (¿otros como nosotros?) eran, al mismo tiempo, coetáneos —de un mundo vecino— y primitivos —de un estadio primero—; con lo cual resolvían teórica y prácticamente la posición y el futuro de Europa, completando o superando la referencia a orígenes míticos de difícil localización o imposible de aprehender en su sitio —de situar actualmente. El lugar de lo grecorromano o de lo judeocristiano era implementado o suplantado por estos «primitivos actuales» que podían ser dominados materialmente y cuyo «nuevo mundo» orientaba hacia un nuevo centro geopolítico y hacia una renovada temporalidad: el Occidente y la Edad Moderna.(11) Como sentenciaba el propio Morin: «La historia es inseparablemente una ciencia del espacio. Civilizaciones, ciudades, naciones, imperios están territorializados, y su historia es la de su implantación, extensión, reducción y después, eliminación del espacio».(12)

Algunas corrientes de la historiografía actual han replanteado la consideración de lo espacial, a gran escala, como forma de hacer comprensible la marcha

(9) Bachelurd, G.- «La poética del espacio». F.C.E. México, 1965, p. 38.

(10) Cfr. Meek, R.L.- «Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios». Siglo XXI, Madrid, 1981. Sobre esta organización en etapas del tiempo. Elias, N.- «Sobre el tiempo». F.C.E., México, 1989, pp. 38 y ss., y 162 y ss.

(11) En la polémica renacentista sobre el sentido de la historia (Modernidad versus Antigüedad), el teórico de la historia y práctico de la política, J. Bodin comprenderá muy bien el alcance de este descentramiento: «[Los antiguos] vivían todos en la cuenca mediterránea, mientras que nosotros atravesamos toda la tierra en frecuentes viajes todos los años y colonizamos un mundo nuevo a fin de llegar hasta los puntos más remotos de las Indias ...» («Methodus ad facilem historiarum cognitionem», 1566; cit. in Nisbet, R.- «Historia de la Idea de progreso». Gedisa, Barcelona, 1980, p. 178).

(12) Chaumu, P.; Morin, E.- *Communications*, cit. p. 219.

de la historia en su moderna implantación generalizada y, sobre todo, los diferentes ámbitos y niveles a través de los que se produce —más o menos contradictoriamente— el «moderno sistema mundial». La inspiración en los planteamientos de Braudel lleva, de manera más o menos correcta, a un renovado encuentro de la historia con las ciencias sociales (en la «*Review*» dirigida por Wallerstein) y a una redefinición, en términos de diferentes espacios económicos, de la dimensión geopolítica universal de la historia moderna; desde la dialéctica centro/periferia, todo el mundo queda englobado en la historia, más allá de las divisiones estatales. Sin embargo esta globalización no se opone —más bien requiere— análisis locales en los que probar y comprobar la reproducción de la «world system structure»:(13) las ciudades por lo que suponen de puntos nodales del sistema; las empresas que, en la localización de sus actividades, atraviesan estados, culturas y niveles sociales vertebrando una organización mundial (transnacional) en la que los lugares y posiciones más dispares pueden actuar funcionalmente.

Sería una forma ampliada de la estrategia característica del poder en la modernidad: «Cada ‘reino’, aunque sea republicano, marca de una manera nueva un territorio, una ciudad, un espacio público. [Precisamente] entre las ilusiones que produce el poder se encuentra, en su centro, la de tener la capacidad de escapar a los asaltos del tiempo (...) oponiendo las pruebas de su duración al hecho de las generaciones que pasan y de los hombres —sus sujetos— que mueren».(14) El historiador debe analizar o llevar adelante una de construcción de esas localizaciones, de los procesos y procedimientos a través de los que se organiza esa duración o universalización del poder. En el entendimiento de que con esa estrategia para el conocimiento de la historia, puede llegar no sólo a los centros de poder, sino también a las confrontaciones de los individuos y los grupos que, por debajo de ellos —e incluso resistiéndolos—, articulan ese otro espacio, el de la vida privada, cuya significación y ámbito no sólo está redefiniéndose, sino diversificándose de forma tal que parece, incluso, perder su entidad.(15)

LO LOCAL COMO OBJETO DE INVESTIGACION

De la misma manera que el tiempo de la historia no puede quedarse en una consideración genérica, esta espacialidad de lo histórico tiene que ser objetiva-

(13) La mundialización replantea el significado de lo local. Una revisión del problema en el número monográfico de la *Révue Internationale des Sciences Sociales* (muy atenta a las cuestiones del tercer mundo), 117, agosto 1988, y especialmente la presentación del número por *Alger*, C.F.- «Le local et le mondial. Comment percevoir, analyser, et assumer leurs interconnexions?» *ibid.*, pp. 359-60. Desde otra perspectiva, el número monográfico de la revista *Sociologie du travail* («Autour du local»), m 1983, 2 y el de «*Les Annales de la Recherche Urbainex* («Descentralisation, Et la recherche local?»), 20, oct. 1983. Así mismo el coloquio editado en *Ledrut*, R. (ed.)- «Le pouvoir local». Fayard, Paris, 1985.

(14) *Balandier*, G.- «Le pouvoir sus scènes». Balland. Paris, 1980, p. 25.

(15) Esa es la visión asumida por *Duby* en el «Prefacio» a *Ariès*, P.; *Duby*, G.- «Historia de la vida privada». Taurus. Madrid, 1987, vol. 1, p. 11.

da y concretada; estructurada y aplicada. En su formulación más analítica, especificando magnitudes y formas, el espacio sociohistórico puede concretarse en formaciones que, básicamente, se distinguirían desde la doble perspectiva en la cual suele concebirse el espacio: (16) los puntos o lugares de cruce en los que se organiza el espacio geométrico cartesiano, el de los ejes de coordenadas; los centros o territorios del yo (individual/colectivo) desde los que se proyecta (por proximidad o lejanía) toda una organización del espacio. En la primera perspectiva, la *localidad* no es más que una forma de poner en *correlación ejes* articuladores de espacios más o menos abstractos y formalizados (las partes o niveles en que se estructura lo colectivo). Para ver cómo funciona interrelacionadamente lo que analíticamente hemos separado (las edades, las clases sociales; lo político, lo económico, lo cultural) puede ser conveniente reducirlo a un lugar en el que se produzca ese cruce; un lugar «real» es decir resultado de las actividades y de las cosas tal como se han producido: una concreción histórica espacial de alguna manera similar a lo que en términos más temporalizados es el acontecimiento. Un lugar en el espacio en donde probar los entrecruzamientos que teórica y empíricamente queremos reconocer. Localización, que, como hemos avanzado, es una forma común de comprensión de la temporalidad. Se trata de un giro estratégico; en vez de plantearse —hipotética y empíricamente— qué pasaba en ese momento de la historia, sería la consideración de qué pasaba por ese lugar.

Desde este enfoque, lo local se convierte en objeto de investigación histórica como una *concreción* de los esquemas teóricos y de las líneas empíricas a través de las cuales activamos racionalmente la historia. Se trata del análisis del punto (o del momento/lugar) en el cual se puede comprobar o verificar el encuentro de ejes; lo cual da una medida más exacta o real de las cosas. Lo que desde un empirismo mal entendido se espera que nazca espontáneamente de la información (del dato o del documento) es mejor construirlo o asumirlo conscientemente: no basta con datar, hay que poner las cosas en su lugar y en su momento; pero igual que no basta con fechar un documento, sino que hay que saber colocarlo en su tiempo, no basta con la mera ubicación espacial; hay que explorar el lugar, lo que significa esa localización; tanto los hechos que relaciona, como las hipótesis que relativiza. Se trata de sobrepasar la mera ilustración de fenómenos más amplios y asumir la distinta textura —objetiva y subjetiva— que la vida social adquiere en este nivel.(17)

Si el análisis o la representación del devenir colectivo encuentran en sus formas o delimitaciones espaciales un factor de inteligibilidad, de exposición racio-

(16) Por ejemplo en *Moles, A.; Rohmer, E.*- «Psicología del espacio», R. Aguilera, Madrid, 1972.

(17) Cfr. desde la sociología, *Lautman, J.*- «Pour une théorie de la localité», *Cahiers Internationaux de Sociologie* LXXI, 1981, pp. 321-28 y *Huet, Armel.*- «Recherche locale et pouvoir, L'expérience d'une équipe». *Les Annales de la Recherche urbaine*, 9, 1980; *Poche, B.*- «De l'écrit local au local comme langage». *Espaces et Sociétés*, 1982, 41, pp. 71-97; desde la Antropología y la Etnología, *GEERTZ, C.*— «Savoir local, savoir global». PUF, Paris, 1986; *Abelès, M.*— «Le local à la recherche du temps perdu». *Dialectiques*; además de los análisis locacionales de la Geografía humana o económica, problemas metodológicos centran la historiografía local; por ejemplo el n.º de invierno de la revista *Daedalus* de 1971.

nal y ordenada, la toma en consideración explícita de esa capacidad significativa de lo espacial (produciéndose como algo social —acciones y representaciones de lo colectivo— y como algo histórico —según momentos y tiempos distintos—) permitiría una mejor definición del objeto de la investigación: de su magnitud, del ámbito y nivel al que se ciñe el análisis, de los límites y estructura interna —y su articulación con el exterior— y de lo que ese universo de investigación, así precisado, supone no sólo para la historiografía, sino para los propios sujetos analizados. Ya que en términos de espacio concreto (lugares, distancias y trayectorias) hemos venido resolviendo, no sólo los científicos sociales, sino también los hombres del sentido común, las experiencias de vida, podría obtenerse entonces un objeto de investigación en donde junto a su delimitación y ubicación más cartesiana y más operativa, estuviera presente una posibilidad crítica, de qué significan teórica y prácticamente esas delimitaciones espaciales para la propia investigación histórica.

Como recomendaba Foucault, «podría escribirse toda una ‘historia de los espacios’ —que sería al mismo tiempo una ‘historia de los poderes’— que comprendería desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del habitat, de la arquitectura institucional, de la sala de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas». La consideración objetiva del espacio, el no dar por supuesta su formación, tanto vale para una reconsideración crítica de los sujetos de la historia (familias, vecindarios u otras formaciones microestructurales; pueblos, naciones, estados o diferentes agregaciones macroestructurales), como para un reconocimiento de las normas y las instituciones a través de las que se produce esa separación o distinción organizadora interna de cada colectivo; una arqueología del poder y de la estructuración colectiva que afecta a la conciencia.

Los procesos de localización, de delimitación espacial, tanto por acotamiento de espacios como por determinación de lugares desde los que estructurar el espacio, son expresivos de la *identidad colectiva*, de cómo se genera la identidad (el único modo científico de considerar este tópico) tanto en sus prácticas más materiales como en sus representaciones más ideales, tanto en sus proyecciones más conscientes como en las manifestaciones del inconsciente colectivo. En el Seminario dirigido por Levi-Strauss en 1976 sobre la identidad, se debatieron algunos de los supuestos sobre la espacialidad y sus relaciones con la historicidad y ahistoricidad de algunos pueblos. En cualquier caso, se tratase de la temporalidad progresiva y acelerada de la historia moderna o del tiempo circular y no progresivo de la vida tradicional, su práctica y representación se resolvía en el espacio. «Todo grupo humano tiene una espacialidad y una temporalidad; dicho en otros términos, una territorialidad y una segmentariedad dimensiones de su historia (...) El conjunto de estas territorialidades [la de la ciu-

(18) Foucault, M.- «El ojo del poder». La Piqueta, Madrid, 1979 p. 12.

dad, la del barrio y la del linaje] aparece como la proyección en el espacio de una construcción histórica, cuya dimensión histórica sería abolida de este modo. Si describimos el espacio ascendemos o descendemos en el tiempo a nuestro aire».(19)

Lo local es, pues, una práctica simbólica de la colectividad. De manera mítica o ideológica, el sentido colectivo —e individual— de nuestra existencia se ha organizado tradicionalmente en espacios acotados o cerrados que, en su estructura interna o en la propia jerarquización de los diversos espacios, remiten a algún «centrum»(20) o lugar simbólico fuertemente actuante. Bien sea desde los mitos, activados ritualmente, que daban un sentido sacral de la existencia y determinaban un centro del mundo alrededor del cual giraba todo (resolviendo circularmente la temporalidad); o bien, desde las localizaciones físicas (reductos, centros, sedes) con las que se organiza el poder o la jerarquía de sentido (el centro «lógico» o «natural») de las actividades, salvando así la incertidumbre o el desconocimiento del futuro. Desde estas localizaciones, se puede pretender el control o la resolución de la historia, lo cual nos lleva a su consideración como objeto historiográfico.

También desde la otra perspectiva de la comprensión de lo espacial —la del «territorio del yo» o espacio delimitado y comprendido desde la posición del sujeto/centro de referencia de la investigación— podría avanzarse en el análisis histórico. La historia desde «un punto de vista», desde el sujeto individual o colectivo que la activa, generando sus límites, la historia de una familia, de un vecindario, de una asociación fabril o recreativa, podría investigarse tácticamente como el proceso de construcción de sus espacios propios —en interacción con los de otros grupos activos—, de sus locales. Y, sobre todo, esta forma de localización cargada de proyección vital, procedimiento de construcción de identidad, plantería una historia vivaz; no tanto de las estructuras y de las tramas en las que parece atraparse el tiempo, sino de los territorios cargados de vitalidad, en los que todo es perecedero y emergente, en donde se da la recurrencia de lo elemental. «... De generación en generación, el tiempo de la vida se proyecta sobre un único espacio de dimensiones reducidas, a la escala del contacto biológico entre el hombre y su entorno, medido en distancia visual, de marcha, de trabajo, de relación. Este espacio es funcionalmente un espacio global [un universo, aunque] socialmente es un espacio cerrado (...) integrado, en todo caso, en estructuras de más amplias dimensiones».(21)

(19) Izard, M.- «A propos de l'identité ethnique» in *Levi-Strauss, C.* (dir.).- «L'identité». Paris, 1977, pp. 305 y 311.

(20) «Todas las sociedades se dan un lugar de representación imaginaria, un lugar del espacio en donde se juegan las ficciones y los símbolos, los mitos o el teatro». (*Duvignaud, J.*- «Lieux et non-lieux». Galilée. Paris, 1977, p. 112. La obra—y la vida— de Mircea Eliade sería una indagación de estos centros que orientan trascendentalmente la existencia.

(21) *George, P.*- «Cinquante ans qui ont transformé les rapports avec l'espace». *Communications*, cit. pp. 159-60.

Esta consideración de los espacios de vida (y de sus diferencias y distinciones), que aproxima el objeto de la investigación a las maneras clásicas del antropólogo social, supone un giro también en la epistemología de lo local. Se trata de plantearse no las formas espaciales de los acontecimientos o de los sujetos históricos para su mejor análisis y clasificación, sino las concreciones de lo espacial (los territorios) porque en ellas está atrapado un nivel de lo vivido. Son escenarios en donde se desarrolla algo, pero escenarios activos, parte de la trama y de la representación. Es el espacio vivido o temporalizado, de las discontinuidades o delimitaciones expresivas de los diferentes momentos y ritmos de la vida; es sobre todo el espacio a recorrer, en cuya práctica física se organiza lo social (se pone en relación un lugar con otro) y se inicia la historia (se experimenta el tiempo de una trayectoria).(22)

METODOLOGIA DE LO LOCAL

La localización que aquí se insinúa es, pues, una estrategia de conocimiento, una manera de pensar y una actitud del investigador, que puede contribuir a una mayor conciencia de lo que es hacer historia —en su doble acepción castellana— y a una mejor práctica de la investigación.(23) Para atrapar la temporalidad —en nuestras concepciones científicas y en las mentes y las actividades de los investigados—, para el seguimiento y documentación de los hechos, ... las delimitaciones en términos de espacio representan y definen de manera especialmente significativa las prácticas colectivas. La insistencia de Simmel en la utilidad científica y en la significación práctica de las consideraciones espaciales daría un importante marco metodológico —desde la sociología—, y ricas sugerencias temáticas, para esta investigación de las formas espaciales de nuestra sociedad y cultura.(24)

Lo local puede practicarse, entonces, en la investigación histórica desde dos perspectivas, cuya interrelación no debe ser olvidada: Primera, como el nivel de construcción/investigación de la realidad en que las cosas adquieren una dimen-

(22) Cfr. de *Certau*, M.- «L'invention du quotidien. 1. Arts de faire». U.G.E. Paris, 1980; además de consideraciones sobre la historia y la memoria (cap. VI), es de especial interés la 3.ª parte (pp. 171-227).

(23) Los tratados sobre espacio y/o tiempo son numerosos; entre los que plantean conceptos fundamentales, de manera sistemática y aplicable, Cfr. *Bollnow*, O.F.- «Hombre y espacio». Labor. Barcelona, 1969; *Jacques*, E.- «La forma del tiempo». Paidós, Buenos Aires, 1984.

(24) Los conceptos básicos están en *Simmel*, G.- «Sociología. Estudios sobre las formas de socialización». Revista de Occidente, Madrid, 1977, espec. capítulo 9, vol. 2 (pp. 643-740). El desarrollo y la aplicación de las concepciones espacio-sociológicas, pasa por la Escuela de Chicago y la Ecología Humana, y tiene una importante elaboración en la Antropología social o cultural: Cfr. la selección de textos de *Theodorson*, G.A. (edit.) «Estudios de Ecología Humana». Labor, Barcelona, 2 vols. 1974; *Lévy*, F.P.; *Ségaud*, M. (edits.).- «Anthropologie de l'espace». C.C.I.- Centro Pompidou. Paris, 1984 (con bibliografía sistemática). Una interesante actualización teórica y práctica en *Hannerz*, U.- «Explorer la ville». Minuit. Paris, 1984 (ed. orig. Columbia Univ. Press. 1980).

sión distinta, un «tempo» específico; los factores y los rasgos estructuradores de la sociedad, vistos *a nivel local*, adquieren nuevos perfiles o plantean interconexiones nuevas, además de formular específicos problemas de documentación, de construcción de los datos. No sólo se trata de que si tuviéramos datos locales sistemáticos —si llenáramos el mapa de puntos de información— conoceríamos mejor la producción y el mercado de granos, las epidemias y otras variables demográficas, el funcionamiento del aparato político-administrativo o la incidencia práctica de los modelos culturales, ... Además de lo que la información localmente obtenida tenga de básico o de contrastable con las informaciones generalizantes —de gran archivo central o de amplias síntesis bibliográficas— lo local es un sesgo, un corte de la vida social al nivel de las estructuras elementales; es decir en las delimitaciones concretas y puntuales obtenidas mediante la localización (de ámbito físico más o menos amplio) nos aproximamos a ese nivel vegetativo, a ras de suelo, que preconizaba Braudel. Delimitando en el espacio las formaciones sociales y el acontecer histórico, los fenómenos adquieren una nueva realidad y se pueden captar otros componentes de la historia: se plantea la «larga duración» (esas estructuras elementales difícilmente variables o alterables) y se descubre la vida material. Bien es cierto que en esta ralentización del tiempo, atrapado en la estabilidad de los espacios, puede perderse la historia; o, tal vez el recurso a macroespacios de civilización, no supere el nivel de las metáforas o de las meras cuestiones terminológicas en la definición del objeto de la historia(25); en cualquier caso el rastreo a nivel local bien entendido, no deja de ser un banco de prueba o experimentación de cómo se hace la historia y viene ofreciendo resultados, en investigaciones concretas, muy estimables. Muy especialmente cuando abordan las estructuras familiares que dan forma social —o «realidad» humana— a las estructuras demográficas; cuando investigan las rutinas —las costumbres y los rituales— que pautan el comportamiento de los individuos y de los grupos; las unidades domésticas —u otros lugares de vida— desde las que se produce y consume y en las que también se produce socialización o integración en la sociedad, como modo concreto de reproducción de lo colectivo. La arqueología en su ámbito más tópico, el de la antigüedad, plantea referencias muy interesantes sobre cómo esta espacialización y localización se correlacionan con distintas formas de temporalidad y con otras detecciones del objeto y otras obtenciones del dato; en su relanzamiento contemporáneo, como arqueología industrial insinúa de modo claro múltiples reflexiones metodológicas en este sentido.(26)

(25) Una revisión crítica en profundidad, en Ricoeur, P.- «Tiempo y narración». Edics. Cristiandad, Madrid, 1987, espec. tomo I, 2.^a parte.

(26) La historia de lugares y locales, de objetos y usos, de vida cotidiana, se mueve entre la preocupación social actual, las renovaciones metodológicas y el encuentro interdisciplinar. Una muestra en *A & V* (Monografías de Arquitectura y Vivienda), 14, 1988, número dedicado a «El espacio privado» con artículos de Ariès, Elias,... Una revisión crítica de esta historiografía en Stone, L.- «El pasado y el presente». F.C.E., México, 1986.

La segunda perspectiva, en la concepción y uso de lo local en las ciencias sociales, es la que atiende a esas configuraciones teórico-empíricas y científico-vividas que denominamos comunidades *locales*. No se trata tanto de probar el funcionamiento de un rasgo o factor, definido desde una perspectiva globalizante y generalizada (abstracta, en cierto sentido) y observado desde concretas delimitaciones espaciales, sino de plantearse distintas unidades globales de análisis, significativas diferencias de tamaño o escala en los colectivos a investigar. Sin entrar en los múltiples problemas que plantea —en sociología— el concepto de comunidad, sí que podría partirse —en estas reflexiones— de dos acepciones bastante fundadas en la propia literatura sociológica. Comunidad, en cuanto tipo específico y genérico (de ahí sus ambigüedades) de colectividad humana, remite con frecuencia a un sistema de delimitación y estructuración espacial-local. En muchos aspectos se trata de localizaciones, de concreciones fisicoespaciales de lo social —de sus estructuras y funciones—: la comunidad doméstica (la casa y el hogar), el vecindario (el pueblo y la ciudad), la comunidad nacional o internacional (el territorio de los pueblos y de los estados; las regiones geopolíticas), por no hablar de otra forma de configuración de lo colectivo que se mueve entre la concreción de las unidades experimentales de vida y la definición conceptual y normativa de lo social (las instituciones), como son la empresa (local y lugar de la producción y sus relaciones) y el mercado (local, lugar y espacio del intercambio). El estereotipo de esta forma de localización de lo colectivo sería lo que suele entenderse por comunidad local —el vecindario— y que frecuentemente se concebiría como conteniendo y ordenando, a su vez, otras localizaciones colectivas (casa, calles, plazas; hogares, factorías, iglesias, ayuntamientos) al mismo tiempo que integrándose o dependiendo de otras unidades socioespaciales de distinta magnitud (comarcas, regiones, países; espacios de producción, de mercado, de Estado).(27)

Bien es cierto que, a partir de este uso (habitual y representativo de un tipo de historia) también se plantea una problemática concepción de lo comunitario: la denominación comunidad local suele restringirse a entidades de población relativamente autónomas y diferenciadas (sobre todo por límites jurisdiccionales o de registro de datos, que se plasman en fronteras o «términos»), lo cual suele conllevar la consideración de estas unidades de análisis menos como centros o puntos de un sistema y más como un sistema en sí mismas (aunque no se olviden todos los «inputs» y «outputs» o todas las referencias al entorno que caracterizan a los sistemas). En este sentido, la comunidad urbana, en la acepción más genérica de este término (desde la pequeña población a la gran ciudad), sería un prototipo, especialmente para la historia del occidente moderno; en la ciudad lo colectivo se presenta como un sistema (compuesto y unitario, relativamente au-

(27) El requisito de globalidad comunitaria es el que caracterizaría a la historia local propiamente dicha; en una definición ortodoxa es «el análisis profundo de una localidad, se trate de un poblado o de una provincia, en un intento por escribir una 'historia total', dentro de un marco geográfico controlable, y al hacer esto esclarecer problemas más amplios con respecto a las transformaciones históricas» (Stone, L. op. cit. p. 42)

tónimo, con centro, periferia, límites y pasos) y se representa (no sólo en sus archivos) como una globalización, un «mundo de vida», un estilo y un sentido de vida.(28)

La comunidad plantea una idea de magnitud que, en primera instancia es cuantitativa, pero que apunta hacia lo cualitativo y aun lo moral: el que no sea ni demasiado grande ni demasiado pequeña, no sólo remite a esa autonomía o consideración como sistemas; sino que plantea la conveniencia de unas dimensiones físicas que puedan ser claramente perceptibles y comprensibles, identificadas; y esto no sólo para el analista —por operatividad científica— sino para los propios individuos y grupos practicantes de esa entidad, de ese ámbito y nivel de lo colectivo. La comunidad se pretende que sea un universo de sentido, una densificación que más que geográfica es moral; una especial e intensa forma de interdependencia, de solidaridad, de producción de identidad colectiva.(29)

Volveríamos a lo apuntado al principio, sobre la importancia de las prácticas y representaciones espacio-temporales en la construcción de lo colectivo; en la necesidad de localizaciones para dotar de mayor precisión y consistencia —también de mayor vivacidad— a nuestras actividades y pensamientos. La comunidad local sería como «un pequeño mundo», en donde lo observable no alcanza sus máximas dimensiones, pero sí que se presenta, al menos en sus elementos básicos, con claras y vividas interrelaciones; en donde los fenómenos, en su fluir y en su diversidad, son identificables con cierta globalidad y precisión, aunque no son generalizables ni fácilmente modelizables. Como en el laboratorio, se controla mejor la información, por la propia escala del fenómeno, y se pueden identificar mejor los factores y sus correlaciones; pero no se puede saber —con una ciencia de laboratorio— cómo funciona la vida fuera de esos convencionales límites.

El localismo, la inmediatez y la coincidencia en un espacio limitado, cuando no es un artificio de laboratorio (o un ordenado archivo); el trabajar sobre un organismo vivo, plantea, por un lado, la posibilidad de ver las reales interconexiones de los elementos, el comportamiento global de los distintos órganos; pero también dificulta las generalizaciones más allá de ese espacio/tiempo inmediato y concreto. Sólo a nivel explícitamente teórico —como hipótesis inducidas de esa experiencia— o a nivel de definición de componentes elementales —de los fundamentos de lo social— puede progresar la investigación. Posibilidades ambas nada despreciables (y más alentadoras que la simple acumulación de infor-

(28) Las historias de ciudades o de lugares urbanos tienen la posibilidad de informarse no sólo en documentos de archivo, sino en su misma conformación arquitectónica y urbanística, en el propio artificio de su espacio, en los usos y permanencias del mismo; en el carácter emblemático de los distintos lugares y locales. El análisis histórico de las ciudades tiene por ello un marcado carácter interdisciplinar.

(29) A pesar del sesgo ideológico de la teoría de Tönnies, esta pretensión de solidaridad espiritual no conlleva (y ello es más claro en Durkheim y Mauss) comuniones idílicas, sino un sistema de relación y representación, que no excluye las diferencias y las tensiones (la comunidad doméstica sería un prototipo). Cfr. König, R.- «Sociología de la comunidad». Euramérica. Madrid.

mación local para su posterior interpretación o la ingenua esperanza de que la cantidad de datos puntuales se resuelva en una calidad de interpretación); la historia local puede tener entonces una función crítica (de banco de pruebas de algunas generalizaciones, tanto de los datos como de las hipótesis) y una función ética (de cuestionar la formalización no atenta a la realidad); es decir una significación metodológica y aun epistemológica. «Se tiene necesidad del todo para conocer lo singular, pero también necesidad de lo singular para llegar al todo».(30) Pero también se puede sentir la obligación de hacer una historia más ‘comprometida’, o más abierta: «Las relaciones entre la Historia y la comunidad no han de ser unilaterales en una ni en otra dirección, sino más bien una serie de intercambios, una dialéctica, entre la información y la interpretación, entre los educadores y su localidad, entre las clases y las generaciones» (...) «Introduce la Historia en la comunidad y la extrae de ella (...) Y puede dar a los historiadores en particular —y a otros que participan de sus actividades— un sentimiento de pertenencia a un lugar y a un tiempo».(31)

J. Arpa1
Departamento de Sociología
UPV/EHU

(30) Chaunu, P.: Morin, E. in *Communications*, cit. p. 222.

(31) Thompson, P.- «La voz del pasado. Historia oral». Edics. Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, p. 29.